

Pedro Déniz; un grito en el silencio.

Como si por enésima vez fuera la primera, nos sentamos uno frente al otro, nos miramos y nos vimos, al tiempo que éramos conscientes de que, de un momento a otro, cada uno escanciaría sus pensamientos y nos sentiríamos una vez más aceptados en toda nuestra extensión, en toda nuestra hondura. Entonces, Pedro me pidió mis palabras para contar su dolor, ése que está en el origen de cada uno de sus pensamientos, de cada una de sus experiencias y, por tanto, en cada una de sus obras destiladas de aquéllas.

Comienza así un nuevo diálogo que nos retrotrae a algunos cientos de horas en las que hemos hablado el mundo, hemos compartido lo que somos y tememos, lo que amamos, lo que nos estremece, lo que nos entristece, y desvelado las caras de nuestro miedo y también el filo de nuestras espadas dispuestas a alzarse contra el virus social que pretende homogeneizarnos y extinguir nuestra singularidad.

Para empezar por el principio este querer decir, al nacer saludamos nuestra primera luz con un grito en el que se estremecen hasta nuestras uñas, tiernas aún; un grito superior a nosotros mismos; un dolor producido por la ablación de la calidez y la protección del alma y la piel que envuelven nuestra piel y nuestra alma aún callada. El tiempo comienza a recorrernos y cada latido es una ineluctable pérdida y también una posibilidad. Es entonces, al sabernos separados, escindidos, unidades desgajadas de un todo incomprensible, cuando asoma el sentimiento alrededor del cual girará toda la existencia: el dolor original, que se diversifica y atomiza en una infinita cadena de dolores; el miedo, la frustración, el desamor, la rabia, la Soledad...

Poco a poco se va modulando nuestro grito, el estremecimiento primigenio al quedar ciegos ante la luz. La educación, que pretende proveernos de herramientas y estrategias, nos dota al fin de una plasticidad que permite nuestra adecuación a la celda que nos está destinada. Nos obligan a aprender que el dolor se evita dejando de sentir, dejando de mirarle a los ojos, obviando su existencia, pero esta puerta solo lleva a la aniquilación, a la disolución de lo humano.

La realidad nos sitúa en "Encrucijadas" en las que no queda más que optar. Optar se convierte en una imposición, después en una necesidad. Condenados a la libertad no queda más que elegir. Elegimos y somos elegidos. Nuestra soledad busca a los otros y encuentra sus soledades; "a veces un fugaz abrazo transitorio, sustituto del sueño de un abrazo; un falso trueque realizado con carne verdadera; una penetración del miedo y la soledad en la soledad y el miedo para disfrazarlos de

afecto un instante, como quien sube a la superficie para tomar una bocanada de aire y respirar en medio de la asfixia”¹.

Epicuro sitúa el motor del hombre en el placer, en el hedonismo que subyace a la dinámica de la sociedad de consumo. Ésta solo aspira a despertar apetitos infinitos y por tanto infinitamente insaciables. Pero Epicuro define el placer como lo que aleja del sufrimiento. Así pues, el placer se entiende más como medio y no como fin. Lo que realmente buscamos es apagar el dolor, todos esos dolores nucleares que invaden nuestro tiempo y de los que no es posible esconderse.

La comunicación es la que permite compartir este dolor y atenuar sus devastadores efectos. El “Otro” se erige en espejo en el que vemos, en el que desentrañar cuál es nuestro propio dolor. Y para que la comunicación sea posible es necesario un lenguaje y ya hemos visto fracasar muchos. Todos son limitados para expresar la infinitud del dolor. Para expresar ideas nuevas, sentimientos nuevos, es necesario un lenguaje nuevo, nos dice Magritte. Duchamp experimenta una gramática de los objetos mediante fórmulas topológicas que los descontextualizan, que dislocan el significado para darle al discurso un sentido distinto al que remitían los signos.

Pedro, sensible, profundamente humano, establece con el Otro sinapsis atópicas, vínculos por sincronismo emocional, convirtiendo su cuerpo en emisor, lenguaje y canal. Lo sacrifica en el ara de los sentidos y lo ofrece como quien comparte el pan. Convierte los cuerpos incluso en mensaje, “Triunfo”.

“Esperando a Penélope” en un desierto blanco, las horas dejan imborrables huellas en su piel y en su esperanza, disolviendo el futuro en un instante que quedará para siempre, ese instante tejido por agujas con ojos que nos ven.

La comunicación ejerce una lenitiva sensación de comprensión en ambos lados. Como si cada uno depositara semillas y germinaran en el entendimiento del otro. Entonces brindamos porque haya sido posible. Alguna vez sucede. Él me descubrió que puede suceder. Es precisamente este suceso lo que me trae hasta aquí, a ponerme delante del árbol de silencio en que clavé mi lengua cansada y en desuso, para decir el dolor.

En un desesperado e inefable intento más de nombrarlo, alumbrado por un texto que me desgarró el pecho, llamé a ese espanto Síndrome Meinhof², aquella mujer que

¹ De otro texto del autor. Inédito 2013

escribió y describió sus dolores, sus terribles sensaciones en los días previos a su muerte anunciada y asumida: “*sientes que se te mea el alma del cuerpo, que te arrancan las asociaciones a picotazos...*” Pero el dolor más cruento, insoportable dice, es el fracaso al intentar comunicarte, no poder contarlo en su aislamiento.

En medio del fracaso comunicativo al que nos condena esta ciénaga social que habitamos, paradójicamente inundada de redes y medios de comunicación; distopía que se materializa ley a ley más allá de cualquier profecía, Pedro encuentra un lenguaje para expresar su grito y el Arte es su epifanía. La belleza le emociona; salta a su mirada y produce un balsámico efecto sobre el dolor. La busca en cada latido del tiempo, en cada gesto, en cada luz. En un prodigio perceptual, como el mismo Ireneo podía recordar cada hoja de cada árbol de cada monte, Pedro puede encontrar la belleza, la armonía en la forma, y vestir y mostrar incluso lo más terrible. Sin ser Ireneo, recuerdo cuando declaró la Guerra a la guerra con luces de navidad.

Nos emociona, incluso a veces lloramos ante un cuadro de Bacon en que pinta la soledad y el valor de todos los hombres en un solo hombre; también al leer al desgarrador Bernhard, o un desasosegado párrafo de Pessoa; ante el acosado Valjean, el atormentado Ajab, o enredados en la frustración ininterrumpida de Bloom. Un día cualquiera Pedro percibe y me muestra la limpia línea de una cornisa, como la sonrisa del edificio delante del cual pasamos, o la curva perfecta de unas caderas, que nos adelantan en una acera cualquiera, como la órbita en la que podríamos flotar eternamente...Así es su mirada. Su entramado se sostiene sobre la convicción de que la belleza es la fuerza de la materia.

Cada experiencia vital le inunda, hace brotar de su interior el deseo de decir, de contarse a si mismo qué ve, qué es, de decirnos todo a todos aunque el precio sea no ser entendido, aceptado, querido, pero no quiere dejar de intentar decir, no puede callar. Se agarra al mástil cimbreante de las voces que le susurran y escucha y hace suyo aquel eco: Debes amar el tiempo de los intentos. Debes amar la hora que nunca brilla.³

Y de la espina de experiencias que se forma al clavarse cada vivencia en la columna del proceso creativo, que es el río por el que se ha dejado fluir, gotea a tres colores

² Ulrike Meinhof. Alemania Occidental (1934 -1976) Periodista y revolucionaria fundadora de la RAF (Facción del Ejercito Rojo). Obra citada: “Cartas de una presa en la galería de la muerte y otros escritos”. Barcelona, Icaria.1978.

³ Debes amar el tiempo de los intentos. Debes amar la hora que nunca brilla. Y si no, no pretendas tocar lo cierto: solo el amor engendra la maravilla, solo el amor consigue encender lo muerto. (Solo el amor. Silvio Rodríguez. 1978)

su oración: Rojo de sangre y dolor detrás y debajo de todo; Negro en las sombras que envuelven los días y a veces las noches. Y, al final, Blanco en la luz que sostiene siempre la pasión de vivir, de morir cada segundo consciente de él, rebosante de percepciones, de abrazos cuerpo a cuerpo, en pie de paz.

Buscó un montón de botellas y encerró en ellas su grito y lo lanzó al mundo desde Orchilla, inundando el Atlántico, buscando nuevos “Puentes” hacia los otros. “Un puente es un hombre cruzando un puente.”⁴ Así lo cruzó él, construyéndolo con cristal y viento y mar. Le escucharon en Europa y en América y se marchó a abrazarles. También su grito se escuchó en África, donde por primera vez derramó sus colores y sus formas. Gritó y amó en la región más transparente y levantó “Trincheras del pensamiento” en el reducto donde nació y se eternizó el tiempo de los intentos. Metió la razón y la educación entre paréntesis y nos mostró que, en Asia, niños que no saben escribir, porque han de trabajar para comer, construyen pizarras para que aprendan a escribir otros niños en occidente. Escupió en Europa a los señores de la guerra, a los jugadores reales de Risk que apagaban vidas como velas un vendaval. Arrancó palabras que envolvían su cabeza desgranando así su sueño de hablar, de tocar en las puertas de todos los corazones “Jappy new year” (sic).

En el camino, el buscador siente que detrás de su dolor está el de Pilar; Pilar que le sostuvo mullido y cálido; que calló para preservar su aliento y hacer posible el grito aquél; Pilar que soportó los días y las noches cuando el miedo era mucho mayor que la mujer; Pilar que se agrietó bajo el peso del confinamiento en este mismo San Martín de paradójal beneficencia; que sufrió por él, por ella y por todos; que sólo de milagro pudo salir de aquí, de este espacio que hoy inundan los gritos de su hijo para unirlos a los de Ella, para de la mano saltar sobre el ojo de este Averno en el que murió tantos días y enterró tanta pesadilla; este brocal del que manó su miedo, manchando su tiempo, sin poder librarse ya de aquel terrible recuerdo. Hoy Pilar puede contarlo y lo cuenta, pero no sin un temblor en medio de su perenne sonrisa.

Pero Pedro es más que el hijo del miedo, también lo es de Isidro, que perdió la realidad un instante y hasta el habla, que apoyado en su Pilar aprendió a comunicarse a través de su física ternura y que pudo enseñar a Pedro a mirar detrás del cielo. Su legado, una ausencia temprana, una añoranza eterna de cómo hubiera

⁴ Libro de Manuel. Julio Cortázar, 1973

sido abrir la puerta y que estuviera allí sonriente y abrazarle de hombre a hombre y romper el muro del silencio.

Pedro encontró un lenguaje nuevo para decirse el dolor, para decirse el miedo, para inundarnos con su "Dignidad" que nos abarca a todos. Construyó con él un grito de guerra por la Paz y la Fraternidad, hoy enterrada por su prima lejana la solidaridad, arrogante y engreída. La Fraternidad que su lengua grita es igualitaria. No te ayudo, comparto lo que soy y tengo porque te considero igual. Nadie le engaña en esto. La solidaridad es un paliativo no una solución.

¡Ah, si el lema de todos los tiempos volviera a despertar los corazones de los hombres! Si la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad volvieran a ser más que un recuerdo en la Historia y un objetivo no conseguido por la humanidad. Ese día, ahí estaría Pedro vertiendo sus botellas de vida, de miradas, de belleza, de palabras, de amor, de sueños, de dignidad, vertiéndose en cada otro, celebrando la vida o llorando el dolor, pero incluyendo a todos.

Lloremos. ¡Ah! Lloremos
Purificantes lágrimas,
Hasta ver disolverse
El odio, la mentira,
Y lograr algún día
-sin los ojos lluviosos-
volver a sonreírle
a la vida que pasa (A pleno llanto. Oliverio Girondo. 1942)

Siani Tavío. febrero 2014